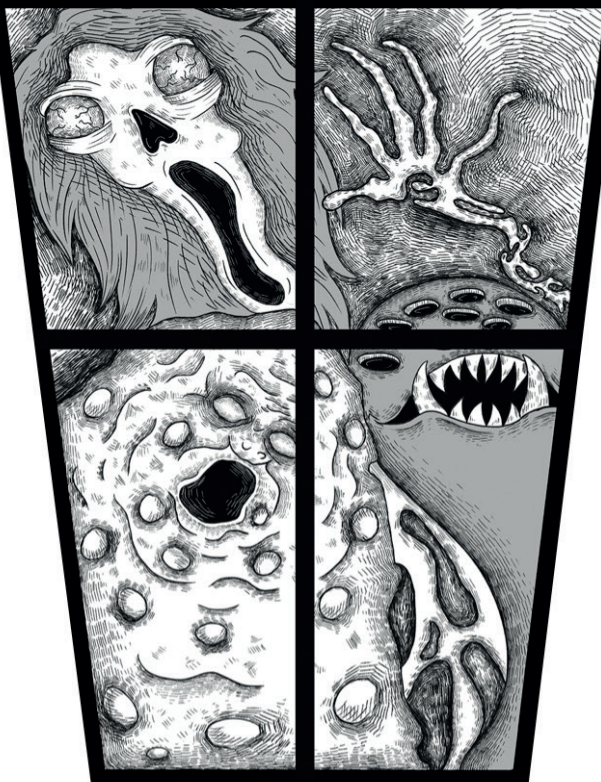


COMBUSTIÓN INTERNA

Amelia Irene

Ilustrado por Alix López



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE AGUASCALIENTES

COMBUSTIÓN INTERNA

COMBUSTIÓN INTERNA

Amelia Irene
Ilustrado por Alix López



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE AGUASCALIENTES

COMBUSTIÓN INTERNA

Primera edición 2024
(versión electrónica)

Universidad Autónoma de Aguascalientes
Av. Universidad 940
Ciudad Universitaria
Aguascalientes, Ags., 20100

† Laura Sharai Reyes Vázquez (Amelia Irene)
Ilustrado por Alix Lizeth López Venegas

Maqueta: María Estela González Acevedo

ISBN: 978-607-8972-11-1

Hecho en México / *Made in Mexico*



editorial.uaa.mx



libros.uaa.mx



revistas.uaa.mx



libreriavirtual.uaa.mx

ÍNDICE

Prólogo	
<i>Mónica Mendoza y Daniel Mata</i>	13
El silencioso estruendo de la locura	
<i>Adriana Álvarez Rivera</i>	17
Los ojos del canario	21
Un agujero en la pared	33
Bébeme a mí	39
Los hombres langosta	43
¿Qué se siente?	57

A mis pensamientos obsesivos

Un volcán se parece a la mente de una
persona: una montaña en donde la locura arde.

Mónica Ojeda
Mandíbula

PRÓLOGO

*L*a selección de los cuentos que a continuación se presentan fue fruto de un trabajo editorial con fines escolares que se realizó en 2022, dentro del plan de estudios de nuestra carrera Letras Hispánicas. En aquel entonces estudiaba con Mendoza la materia de Procesos Editoriales, que estaba a cargo de la maestra y editora Sandra Reyes Carrillo, en octavo semestre, en la cual tuvimos que emprender un proyecto editorial. Este libro se deriva de ese proyecto.

De entre todas las opciones que teníamos, decidimos trabajar con la obra de Laura, quien era nuestra compañera de sexto semestre y de cuyo trabajo creativo pudimos acercarnos debido a su participación en la revista literaria de la carrera: *Pirocromo*, donde fue publicada en el número XX y posteriormente fue parte del consejo editorial.

La razón por la cual elegimos sus textos se debió a la versatilidad y capacidad de los mismos para crear ambientes inquietantes y personajes que se describen por sus obsesiones, una aventura creativa en la que estuvimos trabajando a la par

con Laura, con el fin de pensar un espacio editorial adecuado para su obra.

Los cuentos fueron seleccionados por la propia autora y fue ella quien sugirió su acomodo en la antología, siendo los primeros los que se desarrollan en la primera etapa de la vida y los últimos, aquellos que se enfocan en la adultez o la vejez temprana. El título de la obra, *Combustión interna*, dirige al lector a un espacio hostil que se construye en el interior del individuo; uno que carcome lento al igual como lo hace la obsesión con cada uno de los personajes que protagonizan sus historias: los ojos en “Los ojos del canario” (ganador del XIII Concurso Nacional de Narrativa “Elena Poniatowska” y publicado en *Punto en línea*), las tazas en “Bébeme a mí”, las ventanas en “Un agujero en la pared” o los caracoles en “¿Qué se siente?”. De ahí que la ilustración de la portada que se pensó para ese proyecto original haya sido un hombre que está siendo devorado por el ácido gástrico; una imagen que se describe en “¿Qué se siente?” y que retrata el nudo estomacal que se ata cuando somos presas de nuestros propios instintos.

De igual manera, las ilustraciones fueron solicitadas por Laura y se trabajaron cuidadosamente con la ilustradora Alix Lizeth López Venegas para reflejar tanto el carácter de los textos literarios como lo que veía Laura en su obra creativa. Así que, entre varios bocetos, se pudo crear una imagen final con una fuerza poderosa comparable a la de los cuentos que los inspiraron. El proceso fue el siguiente: en vista de que cada cuento tiene personalidad, carácter y caprichos, diversas ideas fueron puestas en la mesa y elegirlas una por cuento fue un asunto complicado: viajamos entre caracoles, hombrecillos, cerebros, cadáveres, dedos sin uñas y patas debajo de puertas para elegir las ilustraciones finales. Entre “ires y venires” con la ilustradora, se juntaron los pasajes exactos con los trazos necesarios y, así, surgieron las letras de su mente, tejiendo las pesadillas que acechan nuestro entorno.

Asimismo, al tener cada cuento una singularidad, llegamos a entablar diálogos con la autora para comunicar nuestra lectura de sus cuentos, con el propósito de unificar, en el diseño editorial –original–, nuestras interpretaciones con lo que Laura nos expresó sobre su trabajo creativo y cómo este estaba estructurado. Para tomar un ejemplo, rescatamos el cuento “Los hombres langosta”. Esta elección es, sin duda, complicada, puesto que cada relato escrito por Laura es preciso y diferente: ¿cómo poner en un peldaño superior las pinzas de este cuento? y, al mismo tiempo, ¿cómo no hacerlo? Este fue el que contó con una construcción narrativa más compleja: llena de recovecos donde se descubre algo nuevo en cada lectura; desde la empatía hacia la figura principal, hasta un singular humor ácido que se puede pasar por alto. Al leerlo, se cede ante la situación, al terror y la incertidumbre; ahogarse en la desesperanza... en la extrañeza. Se puede ser un espectador de la tragedia, gritar en silencio y no volver a centrar la atención en los sonidos vívidos o, por el contrario, descubrir el universo por completo. Frente a esto decidimos exponer al monstruo desde su representación más gráfica y absurda, sin revelar la complejidad narrativa con la que se edifica el cuento. Una invitación al lector a generar tanto inquietud como curiosidad, para que caiga en el encanto y se sumerja al universo interno de Laura.

Después de un año de haber egresado de la carrera, agradecemos la decisión que tomó el Departamento de Letras de la Universidad Autónoma de Aguascalientes, así como el inestimable apoyo de las doctoras Adriana Álvarez Rivera y Sandra Reyes Carrillo, de publicar la obra de Laura, una escritora joven, particular, alucinante y talentosa que tejió escenarios desesperantes y creó personajes destinados a una locura cruel que distorsiona su realidad. Nos gusta pensar que, a pesar del tiempo transcurrido, ella está ahí cuando la leemos y nos dejamos guiar por ella a través de su obra, permitiéndonos transitarla mediante su escritura tenaz y, en ocasiones,

visceral, en la que se cruzan tiempos y recuerdos –como así lo describió el Fomento a la Lectura de la UNAM–. Estamos convencidos de que el mejor modo de honrar a quienes han partido es recordarlos y qué mejor manera que hacerlo con lo que escribieron y con lo que impregnaron por medio de su espíritu.

A ti, lector, se te presentan cinco cuentos escritos por una de las personas más alucinantes que hemos conocido en nuestra vida. Si bien, cada uno es diferente y presenta circunstancias distantes que orillan a sus personajes a traspasar tanto sus límites mentales como físicos, encontrarás en ellos una relación puntual con la cual podrás descifrarlos como uno solo: la obsesión, la obsesión que carcome, la obsesión que se impregna; la que destruye.

Mónica Mendoza y Daniel Mata

EL SILENCIOSO ESTRUENDO DE LA LOCURA

*L*as obsesiones, al igual que los miedos, son, por esencia, insondables, como *los ojos de un canario muerto*: es imposible medir o siquiera prever la magnitud de una obsesión o la hondura de un miedo, imposible también calcular el estremecimiento que suponen ante el desajuste que subyace en unas como en otros, respecto a las supuestas normalidades que rigen una sociedad.

Sin embargo, la imaginación literaria vuelve posible el encuentro con personajes cuyas psicologías desafían los límites que separan la cordura de la locura y ponen en crisis estos conceptos en la experiencia individual que implica el acto transformador de leer, como ocurre en *Combustión interna*. En esta colección de cuentos, Amelia Irene presenta un selecto repertorio de personajes cuyas mentes perturbadas o perturbadoras inquietan las buenas conciencias o el sueño tranquilo de quienes leen. Ya desde los paratextos, tanto en la dedicatoria como en el epígrafe de Mónica Ojeda, nos preparamos para entrar a una misma realidad desconcertante, focalizada desde cinco miradas diferentes.

En “Los ojos del canario”, a través de una estructura temporal fragmentada, el narrador, un maestro de matemáticas, exhibe su obsesión por los ojos con el color de los de su madre muerta; la narradora de “Un agujero en la pared”, aterrada por los seres monstruosos que habitan el exterior, se empeña en no quitar la vista de la ventana que ha dejado de serlo, mientras compulsivamente devora sus uñas y la carne de sus dedos; un narrador sin género definido se excita únicamente cuando su pareja sexual interactúa con una taza de porcelana en “Bébeme a mí”; en “Los hombres langosta”, un relato especialmente estremecedor por las lecturas que se desprenden de él, una mujer, embelesada por Edith Piaf y las revistas de la realeza, sueña con una vida edulcorada, mientras una inusual voz narrativa desvela, para quien lee, los verdaderos colores de esa vida; un narrador omnisciente presenta las atípicas viandas que ingiere el protagonista de “¿Qué se siente?” y muestra aquello que el hombre mantiene en su frutero, mientras dialoga con las moscas.

En concordancia con las tendencias actuales de la literatura escrita por mujeres en el mundo de habla hispana, los cuentos de Amelia Irene abren nuevas vías para las diferentes posibilidades de lo fantástico y para la revivificación del gótico desde espacios y posiciones que responden a la realidad contemporánea, más que a los presupuestos de una estética, a través de hilos conductores muy definidos en los cuentos que aquí se presentan: los personajes violentan o son violentados, viven en aislamiento o son personajes solitarios, no existen posibilidades para algún tipo de redención, la muerte (y, en específico, el asesinato, en la mayoría de los cuentos) sostiene las tramas, el monstruo puede ser humano o pertenecer a otro orden de realidad. Es significativo, también, que quienes sufren la violencia son mujeres o niños, con excepción de “Bébeme a mí”, cuento en el que se desconoce el género de ambos personajes.

En esta obra de Amelia Irene, seudónimo de Laura Sharaí Reyes Vázquez, se diluye el estereotipo de la mujer loca aplicado desde hace siglos a las mujeres y a los personajes literarios que ellas encarnan; aunque las razones para esta etiqueta social y cultural son muy variadas, quizá podríamos proponer una generalización, a partir de la cual, las mujeres eran consideradas locas por atreverse a disentir en relación con las posibilidades (sexuales, políticas, familiares, laborales...) que su contexto les imponía. Algunas de ellas, como escritoras, tuvieron que publicar con seudónimos masculinos, incluso durante el moderno siglo XX. La autora de estos cuentos, además de resignificar elementos de la tradición literaria del romanticismo, el gótico y la literatura fantástica, corona esta obra con el uso de un seudónimo femenino, ya no para librarse de juicios sociales o para abrirse posibilidades de publicación, sino para integrar otro nivel de autoría y de ficcionalización en su *combustión interna*.

Reyes Vázquez o, más bien, otro de sus personajes, la cuentista Amelia Irene, muestra las resquebrajaduras de una sociedad en decadencia a través de estos personajes obsesivos y lo hace con una voz consistente y poderosa, con el silencioso estruendo de la locura, resignificada.

Adriana Álvarez Rivera
Aguascalientes, México, 2024



LOS OJOS DEL CANARIO¹

Por la mañana (1988)

—Ábrelo, hijo, por favor —dijo palpando el aire en busca del jugo.

Me paré rápidamente y tomé la lata (todo el tiempo estuvo a su lado izquierdo). Cuando la abrí, un chasquido trajo consigo el aroma dulce del jugo artificial. Cerré los ojos, deleitado, y estiré la mano para tomar la copa de la mano de mi madre, pero ella la apartó enseguida al percatarse de mis intenciones.

—Yo serviré, siéntate —dijo quitándome la lata.

Mi madre quería sentirse útil y lo era, pero, desde su perspectiva, no lo suficiente. Vivíamos al día, de la ropa que lavábamos a los vecinos; yo la separaba por colores y mi madre la dejaba limpiísima en el lavadero. Terminábamos los pedidos muy rápido y, a pesar de que los pagos no llegaban con la misma puntualidad, siempre recibíamos comida a cambio; esta vez, incluso, una lata de jugo.

1 “Los ojos del canario” fue galardonado con el premio del XIII Concurso Nacional de Narrativa Elena Poniatowska.

Con una mano tomó la copa, sujetándola con fuerza por la orilla, y con la otra condujo la lata inclinándola lentamente para cuidar que el líquido cayera en el agujero. La llenó al tope y solo un par de gotas mojaron el mantel. Victoriosa, mi madre dejó la lata en la mesa y sostuvo la copa en el aire.

—Listo, hijo, aquí está —alargó la mano para dármela y con su codo tumbó la lata. El líquido se derramó en el suelo.

—Mamá, no importa, yo... —dije corriendo hacia ella.

Un grito ensordecedor salió de su boca. Lanzó la copa contra la pared y se tiró al piso. Las lágrimas brotaron tan rápido de mis ojos como en ella la furia para jalarse el cabello.

—¿Por qué? ¡Por quééé! —gritaba y se lastimaba.

La abracé por la cintura y le rogué que se detuviera mientras me bebía mi llanto. Ella se levantó bruscamente, dejándome tirado en el piso, y caminó hacia su habitación (un recorrido que conocía perfectamente). Un fuerte portazo me indicó que yo no podía entrar. Tuve que esperar en el patio trasero junto a las macetas de girasoles.

(1986)

Una aglomeración afuera de mi casa se peleó para mirar por la ventana. Se empujaron, gritonearon y maldijeron los unos a los otros mientras dos policías colocaban una cinta amarilla alrededor para evitar que se acercaran. Mirándolos desde lejos, en el camino de piedras que daba hasta la puerta, sentí que mis pies estaban pegados al suelo. Algo dentro de mí quería hacerme creer que yo solo era un espectador y que esa no era mi casa, sin embargo, mis intestinos se retorcían y en mi pecho cada latido era un grito de mi madre.

Corrí hacia allí. Las personas giraron sus cabezas para mirarme mientras yo, con los ojos rojos y las mejillas cubiertas

de lágrimas, levantaba nubes de tierra detrás de mí. Empujé decenas de cuerpos para abrirme paso. Todos parecían estar paralizados, sin importarles que era yo quien debía mirar por la ventana.

—¡Mamáááá! —grité lanzándome por debajo de la cinta amarilla y, por primera vez, me escuché a mí mismo como un niño, con la cara sucia, las rodillas raspadas y las uñas llenas de mugre.

Un policía me detuvo jalándome tan fuerte por el brazo que me hizo caer. Oí el azote de mi espalda contra las piedras, y enseguida sentí un vibrante ardor que me calcinó los huesos.

Tensé la mandíbula y me incorporé lanzando manotazos al policía.

—¡Suélteme! ¡Suélteme! —rugí.

Entonces vi por la ventana lo que todos miraban: un gran charco de sangre en el suelo. Mi madre no estaba dentro.

Observé el techo agrietado con sus manchas de humedad y la luz mortecina que desprendía la bombilla en el centro. Bajé la vista un poco más y vi en la pared la inmensa pintura de un niño castaño, de piel blanca y con los ojos más brillantes de lo que eran en realidad. La cabeza me dolía y en ella me revoloteaban las mismas palabras una y otra vez: robo, piso, desprendimiento. Recordaba que había estado en el hospital, pero no la razón.

Un ligero movimiento a mi lado me sobresaltó.

—Mi cielo —dijo mi madre buscándome entre las sábanas con sus manos, y todo volvió a mí de golpe: *sufrió un desprendimiento de retina debido a los impactos. El seco crujir del cráneo contra el hormigón. Los ladrones entraron y..., la sangre en el suelo esparcida como colorante vegetal. Su madre ha...*

Sentí sus manos huesudas tomando las mías, y, mordiendo mis labios, me armé de valor y la miré: dos pupilas color avellana danzaban en sus córneas, rojizas por el llanto, como cuerpos muertos flotando en el mar.

...Pérdida total de la visión.

10:36 a. m. (2005)

Me levanté del escritorio y miré a mi alrededor: todas las miradas estaban puestas en mí. Tragué saliva, tomé un gis y escribí en el pizarrón sin dejar de pensar en los perversos ojos que me observaban. *Dos pupilas color avellana danzaban en sus córneas, rojizas por el llanto, como cuerpos muertos flotando en el mar.* El gis tambaleó entre mis dedos temblorosos y cayó al suelo, seguido de un estallido de risas.

—¡Profesor! —gritó David poniéndose de pie, provocando un golpe metálico contra el suelo— Éésta es la clase de matemáticas —dijo estúpidamente despacio.

Los niños rieron con más fuerza y yo no podía creer que aquel hombrecito hubiera sido capaz de burlarse de mí. Era el único de mis alumnos que agachaba la cabeza cada vez que las burlas aparecían, haciéndome creer que al menos él me quería. Por eso, como agradecimiento y un pacto silencioso entre los dos, fingía no notar cómo se le atoraban las gordas caderas en el pupitre, provocando que, al ponerse de pie, la banca se elevara junto con su cuerpo y las patas golpearan el suelo con violencia al zafarse. Pero ahí estaba, hablándome como a un idiota, rompiendo nuestro delgado lazo.

—Es la clase de matemáticas, profesor —repitió al ver mi cara de sorpresa y señaló el pizarrón.

Al volver la vista y mirar aquello escrito, la nuca se me heló:

Avellana.

Una sustancia espesa me subió por la garganta. Traté de resistirme al vómito, pero el sabor del flujo me provocó un asco mayor.

Avellana, avellana, avellana.

Sentí que el cuerpo me pesaba, que mis hombros se caían a los lados como si el suelo me absorbiera. Los pares de ojos perversos seguían puestos en mí, no se daban cuenta de que me aplastaban y que no podría resistirlo un momento más. Empujé la silla y corrí hacia la puerta tapándome la boca. A punto de salir, tropecé con el bote de basura y los niños se destornillaron de risa.

—¡Basta! ¡Basta! —grité dentro de mí mientras mi cuerpo se incorporaba y huía.

Llegué al camino de piedras que daba a mi casa y un aguijonazo de dolor me atravesó el estómago. *Dos policías colocaban una cinta amarilla alrededor.* Bajé del coche y me quedé un momento mirándola: sus paredes bien limpias, las ventanas con puertitas de madera y cerraduras negras de metal, grandes macetas a cada lado de la entrada y un camino de piedras, como una alfombra roja, hasta la puerta.

—Hiciste un buen trabajo, mamá, nadie sospecharía —dije en voz baja y me dirigí a mi habitación.

Apreté el interruptor y una luz cayó como reflector sobre la cama. Levanté la colcha y sonreí al ver la impresionante base de concreto que sostenía mi cuerpo por las noches: estaba adornada con molduras de yeso en forma de pájaros, y, más emocionante aún, hueca por dentro.

Me hiqué y recorrí con los dedos las distintas aves hasta llegar a la paloma en el extremo inferior derecho de la base. Rodeé su silueta y, con un jalonecito, la saqué. Un fuerte olor me golpeó la nariz. Metí la mano por la abertura y, al sentir el cristal, los músculos se me tensaron.

Avellana.

Saqué el primer frasco y lo puse en el suelo. Dentro de él flotaban dos cuerpos redondos, iguales a pelotas, en un líquido transparente. Eran masas gelatinosas cubiertas de venas, como ramilletes. Daban ganas de apretarlos. Saqué el segundo frasco, luego el tercero y el cuarto, hasta el decimotercero, y los acomodé en una fila por el orden numérico indicado en las tapas.

Miré su contenido por un largo rato. Poco a poco me di cuenta de que ya no sentía la misma emoción como cuando estaban frescos, con su fulgor intacto y, sobre todo, con la inmensa belleza de su color visible.

“Ahora son bolas descoloridas, nubladas”, pensé.

Nuevamente introduje los frascos con extrema precaución, puse la moldura en forma de paloma en su lugar y salí de la casa. Necesitaba más.

(1985)

Ordené mis siete cochecitos en una hilera frente al lavadero. Mi madre me había dado permiso de hacer carreteras con la tierra de las macetas, y, mientras yo jugaba, ella preparaba la comida. Desde el patio la estaba viendo cocinar cuando algo aterrizó en la jardinera. Me acerqué para ver de qué se trataba y, entre los vástagos de girasoles, encontré un emplumado cuerpo amarillo. Era un canario. Lo tomé y estaba frío, lo nor-

mal para un cadáver, pero había algo tan peculiar en sus ojos que enardecí mi interior: en la sombra, sus ojos eran completamente negros, insondables, sin vida. Sin embargo, si los ponía al sol, los rayos entraban en ellos y encendían algo en su cuerpecito yerto. “La caldera de su corazón”, pensé. Y sólo entonces, rebosantes de vida, se volvían de un hermoso color avellana. Al verlos, sentí un inmenso placer y, sin saber en qué momento, corté una rama, la sostuve con fuerza y con la punta los piqué una y otra vez.

Hice un batidillo mucoso con los ojos del canario, y, mientras lo hacía, no dejé de pensar en una sola cosa: son del mismo color que los de mi madre.

12:08 p. m. (2005)

Conduje sin pensar a dónde me dirigía, el cielo tronaba incesante y el viento era cada vez más violento. Al parar en un semáforo, miré a una pareja caminando de la mano y sentí que el corazón se me agrietaba: sus caras sonrientes, sus bocas besándose. Aparté la mirada y aceleré al ver la luz verde. Di vueltas durante un largo rato hasta que llegué a un parque. En él, decenas de cabecillas felices corrían por todas partes, algunas con sus mascotas y otras persiguiéndose entre sí. Al instante me sentí lleno de paz, una paz que había tardado semanas en volver. Siempre había intervalos infaustos entre búsquedas, que me quemaban por dentro, pero que me permitían seguir avanzando. Me daban la fuerza para soportar la espera día a día. En ese momento, la espera había terminado.

Bajé del auto y me acerqué a las cabecillas dando pasos firmes. Busqué la mía, pero una tan especial no podía estar entre todas esas, tan peculiares: cafés, verdes, casi negras. No, la mía estaba sentada en una banca, sosteniendo un libro. Sonreí, sabía que era esa, pero tenía que asegurarme, así que

me acerqué más hasta que pude comprobar que, en efecto, era mi cabecilla.

—Hola —le dije tomando asiento a su lado.

—Hola —respondió y sentí que mi corazón se resanaba.

—¿Qué estás leyendo?

—La más densa tiniebla —dijo mostrándome el libro.

—¿De Antonio Malpica?

—No, es de Toño... —leyó el nombre en la portada con el ceño fruncido. Después de pensarlo un momento, sonrió—. Sí, Antonio, ¿lo conoce?

—He leído algunos de sus libros, y es muy bueno —asintió—. ¿Cómo te llamas?

—Óscar.

—¿Y cuántos años tienes, Óscar?

—Acabo de cumplir diez.

—¡Vaya! Un joven lector —tragué saliva—. Pues déjame felicitarte, Óscar, porque niños como tú lo merecen. Es más, si me dejas, yo mismo puedo recompensarte como es debido. Dime, ¿no te gustaría tener un libro nuevo?

Sus ojos brillaron *de un hermoso color avellana*.

—Pero, ¿cómo? —preguntó.

—Bueno, tengo un par de libros en mi auto, podría regalarte alguno si quieres.

Dudó un momento. Parecía que estaba a punto de negarse, pero no lo hizo. Ya era mío.

—Es que mi madre debe estar por volver y si no me ve...

—Prometo que será rápido —dije, listo para tomar su cuerpo emplumado entre mis manos. Cerró su libro y se puso de pie.

Por la tarde (1988)

El sol se metería pronto y mi madre seguía sin salir de su habitación. Luego de encerrarse por el accidente con el jugo, no había hecho un solo ruido, así que pensé que ya estaría más tranquila y me dejaría pasar a verla. Entré a la casa cerrando cuidadosamente la puerta del patio y caminé intentado que mis pisadas no sonaran fuertes para que no las advirtiera, si es que estaba dormida. Abrí lentamente la puerta de su habitación y pude ver su silueta en la cama, recostada de espaldas a mí. Las ventanas estaban cubiertas con una tela y la luz pasaba opaca a través de ellas impidiendo que pudiera ver con claridad. Rodeé la cama caminando de puntitas, tiré de la tela y una gran explosión de luz me cegó por un momento. Me froté los ojos para deshacer el efecto y, al voltear a la cama, sentí que miles de alfileres me atravesaban los huesos, los intestinos y el corazón.

Corrí a abrazar a mi madre, y me llené de sangre. Sentí su cuerpo frío y supe que era demasiado tarde. Estaba muerta, como el canario. Le besé la frente una y otra vez mientras mis lágrimas caían mezclándose con la sangre que le recorría desde la mejilla hasta el pecho, brotando del agujero donde debía estar su ojo. El ojo que se había extirpado.

Recosté mi mejilla sobre la suya, berreando y acariciando su cara. Y ahí, tirado junto al buró, su ojo, inservible desde antes de su extracción, brillaba. *Si los ponía al sol, los rayos entraban en ellos y encendían algo en su cuerpecito yerto* de un hermoso color avellana.

10:53 a. m. (2005)

El director salió inmediatamente de su oficina al escuchar el alboroto de los niños.

—¿Qué significa este tumulto? —gritó.

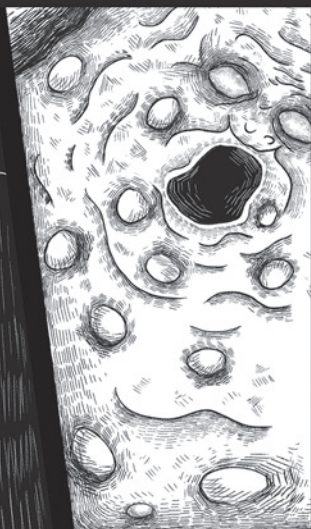
—El profesor se fue, señor director —dijo David.

—¿Cómo dices?

—Sí, creo que se sentía mal —señaló el pizarrón con su dedo regordete—. Se supone que hoy repasaríamos las tablas de multiplicar.

El director sacó sus anteojos y, con el ceño fruncido y rascándose las canas, contempló aquello escrito:

Los ojos del canario.



UN AGUJERO EN LA PARED²

Ya no tengo uñas en los dedos de mis manos, pero mis dientes siguen mordiendo como si las tuviera, sin importarles que solo quede la carne lacerada expuesta y llena de saliva. Hace meses que no escucho siquiera el ladrido de los perros, pues allá afuera existe un silencio horrorosamente audible. Sin embargo, esto no ha sido, es ni será suficiente para distraer mi mirada del agujero en la pared. Dios sabe que no.

Sentada frente a él, me pregunto si alguna vez lo percibí como una ventana, o si siempre lo vi como un agujero riesgoso que conecta mi habitación con el exterior y viceversa. Sé que hubo un tiempo en el que no tenía que preocuparme de que algo entrara o saliera a través de él, pero ahora de eso depende la longevidad de mi vida: de vigilar que el exterior y yo no estemos en contacto.

2 Cuento publicado por la revista *Página Salmón*, en "Literatura del encierro". No. 19 (JUN-AGO 2021)
(<https://paginasalmon.com/category/laura-sharai-reyes-vazquez/>)

Una noche, me animé a mirar a través de él y vi a mi madre saludándome desde el tejado de la casa vecina. Quise correr a abrazarla, pero unos segundos después, su imagen desapareció y dos gatos salieron de entre unas tejas, chorreando sangre por el hocico. De golpe, cubrí el agujero con mi chamarra y apagué la luz. Durante varias horas estuve imaginando a los felinos infectados, revolcándose en su propio vómito de sangre mientras cedían ante la muerte. Luego de un rato, al fin pude frenar mis pensamientos y juré jamás volver a mirar al otro lado; por ello cubrí el agujero con varias capas de cajas de cartón, para evitar que mis ojos fueran tentados, nuevamente, con recuerdos o visiones.

No, yo no me arriesgo, afuera están las criaturas de cuerpos glutinosos y regordetes que se pegan a tu cuerpo causándote hemorragias internas, como a los gatos; las de dientes tan afilados y grandes que parecen tener una mandíbula por cabeza, la cual usan para alimentarse de tus pulmones una vez que están dentro de ti; y las larguiruchas, de cuerpo blanco y agrietado por las venas, tan altas que solo se les puede ver la melena cayéndoles por los hombros mientras se disponen a despanzurrarte el cerebro. Sólo aquí adentro estoy segura y lo único que tengo que hacer es vigilar el agujero en la pared.

Me levanto para masajearme los glúteos adormecidos, cuidando de no apartar la mirada del agujero. Cuando trato de calmar el dolor de mis dedos lamiéndolos, me percato de algo y siento un grito abrirse paso por mi garganta, en donde un cúmulo de venas hinchadas lo estrujan para que no pueda salir de mi boca: hay un par de patitas agitándose debajo de la esquina inferior del cartón. Doy un paso hacia atrás y tropiezo con la silla tambaleándome en un intento de mantener el equilibrio, pero caigo de espaldas. Por primera vez, dejo de mirar el agujero en la pared.

Reacciono levantándome al instante y corro hacia el libreiro mientras observo que la criatura ya ha pasado su cabeza de

gualda por completo. Apoyo mis pies en la pared y empujo el mueble causando que la sangre de mis dedos chorree, pero logro moverlo un gran tramo. La criatura gruñe agitando su cuerpo para pasar más rápido, como adivinando mis intenciones. Empujo de nuevo, plasmando unas huellas rojas en la madera, y la entidad lanza un grito tan fuerte que un líquido caliente se desliza por mis piernas hasta los dedos de mis pies. Ruego por que todo termine y, entre el sudor frío que me recorre las axilas, el ardor de mis manos y la orina bajo mis pies, en un último esfuerzo, dejo caer mi peso completo sobre el librero, empujando hasta arremeterlo contra la pared y escuchar un sonido igual que el de una cucaracha destripada.

La criatura ha muerto y el agujero está cerrado. Me he dejado caer de espaldas al librero, y esta vez sin mirar a la ventana. Recorro las paredes de la habitación con la mirada: los cuadros, el radio, los cuadernos y la cama en donde dormíamos mi madre y yo. Recuerdo que ella siempre me decía que hacía falta un poco de sí allá afuera, pero, a decir verdad, creo que era ella la que necesitaba salir, pues todas las noches despertaba de sus pesadillas rogando por que las cosas fueran diferentes, y cuando se daba cuenta de que aún seguíamos encerradas, se quedaba en silencio por horas, a veces durante días. Por ello escapó una noche, lanzándose por la ventana. Desde entonces, toda mi atención se había concentrado en vigilar que nada más pudiera atravesar ese agujero. Pero ya no, ya todo terminó.

Mi mirada se detiene en la puerta, una gran puerta blanca con un candado. Mis dedos acarician las llaves de plata dentro del bolsillo de mi bata y recreo la imagen de mi madre entregándomelas el último día que nos vimos:

—Ojalá que sea mejor para ti —me dijo.

Observo el espacio que hay entre la puerta y el suelo. Ahí cientos de patitas se agitan, intentando entrar.

Si introduces la llave, la puerta se abre y un agujero en la pared brota... Me llevo los dedos a la boca otra vez y muerdo, muerdo, muerdo.



BÉBEME A MÍ

*C*ada noche, mi cerebro buscaba formas de combatir la espera. Sin embargo, siempre terminaba contrayéndose, como si mi cráneo se achicara con cada pensamiento y mis sesos se inflamaran a punto de estallar por la presión. Me enfermaba verle dormir, con los labios húmedos y la boca apretada. Mientras más le miraba así, más me punzaba la carne. Mi cuerpo ya no se calmaba con nada, y todo por una taza.

Le observaba beber de esa taza y sentía un aguijonazo de placer entre mis piernas, como si sus labios, al pasar por la fina porcelana, tocaran mi piel. Como si yo fuese la taza. Al percatarse de que le espiaba, me sonreía, con una sonrisita de aquellas que me lanzaba mientras se quitaba la ropa y yo le esperaba en la cama.

Cuando bebía de la taza, me mordía los labios y entonces se lanzaba sobre mí. Caíamos en la alfombra, en el sillón o en donde fuera y frotábamos nuestros cuerpos. Le miraba poner los ojos en blanco, le sujetaba los glúteos e imaginaba su lengua pasando por la porcelana.

—¡Bébeme a mí! —le gemía, y su carne se fundía con la mía, mientras la taza nos miraba desde una mesa o volcada en la alfombra.

Los días pasaban y yo a cada segundo proyectaba en mi mente las escenas donde me aprisionaba el torso con sus piernas y me miraba con sed, como queriendo beberme. Pensaba en sus labios húmedos rozando la superficie blanca de porcelana, e incluso proyectaba en mi mente la imagen de sus dientes mordiendo su borde.

Me excedía esperando a que volviera a casa, hasta que un día me dijo que debíamos parar. Yo me encontraba en la completa angustia, pero, aun así, continuó diciendo que había comenzado a asustarse, que la manera en que yo le miraba cuando la taza no estaba cerca era insoportable.

—Me miras con asco y, si trato de abrazarte, te largas, como si no me soportaras. En mi mente se formó un pensamiento que me parecía absurdo, pero ahora ya no tengo dudas. Así que dime, ¿por qué te gusto sólo cuando bebo de la taza?

Esperó a que le respondiera. Su rostro me decía que iba a marcharse, pero no dije nada. Miré cómo se dirigía a la cocina. Sus pasos resonaban en el piso, decididos, y yo, sin pensarlo, corrí detrás y arremetí contra su cuerpo. Cayó al suelo, y un golpe en el filo de la mesa le provocó convulsiones. Quise abrazarle, yo sólo quería abrazarle, pero su cuerpo se sacudía violentamente. Luego de un par de minutos dejó de temblar, y su boca de mirarme.

Forré la taza con su piel: una parte de sus mejillas y otra de sus muslos. También usé sus labios, molidos dentro de la misma taza, para embadurnar todo el exterior, a modo de barniz. Quise impregnar su esencia, plasmarla en la porcelana, dejarla viviendo dentro. Cuando terminé, la puse muy cerca de mí,

como queriendo acariciarla con un manto de aliento. Luego la besé. Fue un beso diminuto y rápido, pero no sentí nada.

Una grieta en mi cráneo se trazó. ¿Cómo es que no había sentido nada? Cerré los ojos, implorando en silencio para que el siguiente fuera distinto. Abrí un poco la boca y le estampé mis labios y lengua, pero tampoco sentí nada.

La angustia me envolvió, y escuché dentro de mi cabeza cómo pequeños trozos de cráneo se iban resquebrajando. Ahí estaba de nuevo la espera. Solté un alarido y lamí la taza, pero nada. Nada. Le encajé los dientes y un sabor amargo inundó mi boca. Mastiqué furiosamente los pedazos de piel. Me llené la cara de sangre y, aun así, mi cuerpo no sintió nada.

Arremetí la taza contra la pared dando golpes y gritando. La piel empezó a desgarrarse, a volverse una masa sanguinolenta, y yo seguí gritando y golpeando. Le pulvericé el cráneo, los huesos. Le reventé las venas y troné cada tendón. La taza quedó deshecha en el piso, la sangre escurría de la pared y yo estaba entre mis piernas, llorando porque todo había terminado.

Un susurro llegó hasta mí. Mi llanto se detuvo. Aquella voz apenas se escuchaba, pero provenía de los fragmentos de porcelana y piel. Me acerqué cuidadosamente y le escuché. Sí, le escuché. Era su voz suplicándome algo, como si tampoco pudiera con el peso de la espera. Tres palabras, que sentí como un nuevo aguijonazo de placer:

Bébeme a mí.



LOS HOMBRES LANGOSTA

*Des yeux qui font baisser les miens
Un rire qui se perd sur sa bouche
Voilà le portrait sans retouche
De l'homme auquel j'appartiens*

Édith Piaf
La vie en rose

1

En la cama se esparcían alrededor de veintidós revistas sin portada. Victoria sacó la última de una caja de zapatos y la hojeó deteniéndose en la página dieciséis. En ésta se mostraban imágenes de cortinas.

—Aquí están —dijo señalando unas.

Confieso que siempre que Victoria hablaba sola, me imaginaba que lo hacía para mí. Esa era la única interacción, cero funcional, a la que yo podía aspirar. No sé si me habría gustado que fuera diferente, pero, de haber sido posible mi comunicación con ella, al menos aquel día, nos habríamos evitado muchas cosas. Por ejemplo, esta historia.

Dobló la orilla de la hoja para señalarla y se dirigió al armario, silbando como de costumbre (*c'est lui pour moi / moi pour lui / dans la vie*). Abrió el segundo cajón, tomó una tela, y debajo de ella se encontró con el álbum de fotos familiar —lugar que antes no ocupaba—. Dio un paso hacia atrás. Sabía que el álbum debía estar en mi sótano, no en la habitación. Pero ahí estaba, provocando que el pasado le lamiera los oídos sordos.

—No es real, no es real —dijo caminando de espaldas para asegurarse de que el monstruo no la siguiera. Sus manos estrangulaban la tela que presionaba contra el pecho y sus ojos parecían desorbitados, con intermitentes destellos de cordura. Tropezó con la cama y soltó un alarido echando el cuerpo hacia adelante como si mi piso la quemara, y dando manotazos al aire.

—¡Ayúdenme! —chilló.

Me asustó que dijera aquello porque yo quise ayudarla y muchas veces también creí que se merecía esa vida. Se incorporó sujetándose de la cama y corrió hacia la puerta. El reloj pitó marcando las 9:30 y Victoria se detuvo. Miró el armario, luego la tela en mi suelo y de nuevo el armario. De pronto pareció confundida, como si no entendiera qué hacía la tela tirada, su mano en el picaporte y su frente empapada de sudor. ¿Pero no fue el pitido del reloj lo que activó aquello dentro de ella? ¿Algo aún más fuerte que el miedo del instante anterior? Se agachó por la tela y salió de la habitación: era la hora de coser.

Encendió la máquina, acomodó el carrete, la guía, el devanador y el resto de todo el proceso diario. Tomó asiento, alineó la tela y la aguja comenzó a hacer su trabajo con ayuda del pedal. Victoria tenía un gusto muy peculiar por las revistas dedicadas a ahondar en la vida de la realeza: qué tipo de ropa utilizaba la reina, los adornos del castillo e incluso la comida que ingerían. Todos los días las veía una por una y,

debido a esa peculiar fijación, comenzó a ahorrar un poco de dinero para comprar telas y confeccionar sus propios manteles, servilletas e incluso los vestidos que llevaba cada día; todo inspirado en las revistas. ¿Pero qué importancia tiene eso? ¿Y si yo te hubiera dicho que, en vez de ser un gusto, era una obsesión? ¿Hubiera cambiado algo? Puede que sí, pero el punto es que no tenía importancia, porque no era la hora de pensar, ¿verdad? Era la hora de coser.

2

Mi piso reflejó la imagen de Victoria, cuya sonrisa apareció al verse en el vestido rosa: ajustado en la parte de arriba, tomando volumen capa tras capa al final de la cintura, con escote *strapless* y cientos de adornos brillantes esparcidos por toda la pomposidad. La hora de coser terminó a las 10:15. Victoria ya había doblado las cortinas terminadas, apilado las revistas para guardarlas otra vez y sacado los instrumentos para comenzar la siguiente actividad: pintar el baño.

Tomó el bote de pintura y la brocha, y se dirigió a la bañera meneando su voluminoso vestido. Admito que en el tiempo en que pude ser testigo de su vida, jamás dejó de emocionarme el verla entrar al baño vestida así. Siempre tuve la sensación de que en cualquier momento cientos de animales entrarían por mi ventana para ayudarla a limpiar. Dio el primer brochazo y, en menos de un par de horas, todo estuvo cubierto de rosa pastel. Se puso de pie, abarcando la bañera con el vestido, y admiró aquel resultado. Sus ojos miraron más allá de un simple baño —siempre era así— e incluso se humedecieron.

¡Pi! Miró el reloj y salió rápidamente.

Levantó la tapa de la cazuela; un olor a especias y limón invadió la cocina: el pollo estaba listo. En seguida lavó sus manos, tomó el plato de porcelana, el tenedor de plata y la copa

que guardaba debajo de las servilletas en el último cajón de la alacena —y que luego lavó y devolvió a su lugar con extremo cuidado—. Se sirvió un buen trozo de pollo, una ración de espárragos y tomó asiento. La espalda recta, hombros bien alineados y la manera *correcta*, como le decía a su hijo, de tomar el tenedor. Hacía esto entre las 12:20 y las 12:40 —antes de que el autobús trajera de la escuela a Simón, y lo suficiente para poner la mesa otra vez—. Sirvió su copa de vino y... dio un salto de la silla al darse cuenta de que había olvidado poner el tocadiscos —he aquí una pequeña alteración en la rutina—. Buscó debajo de todos los discos de vinilo y ahí estaba. Lo colocó y bajó la aguja: *Des yeux qui font baisser les miens*.

Se sentó nuevamente, con la postura correcta, dio un suspiro y se puso a comer: tomó el primer trozo de pollo y lo saboreó lentamente. Sonrió al instante, exhaló despacio y absorbió la música por los poros. Las arrugas en su rostro desaparecieron, las mejillas se le llenaron de color y un mundo nuevo se abrió ante sus ojos, que parpadeaban ya muy poco, como si no quisieran cerrarse, como si yo me ensanchara y mis ventanales la dejaran ver, por un instante, otra realidad, un punto fijo más allá de la habitación. La vi elevarse fuera de su cuerpo, en una proyección que arrojó su mente al fin a salvo, al fin fuera de aquí. Y allí sentada, y bajo la mesa, sus pies danzaron al compás de la canción. ¡Qué buena bailarina era! Levantó los brazos —esperando—, y después los enroscó alrededor de un cuello inexistente. Sus labios estaban húmedos, deseosos, esperando un beso perdido. Cerró los ojos en busca de él, y, entonces, se echó a llorar.

Voilà le portrait sans retouche.

3

Simón entró con la mochila colgándole del antebrazo, corrió en busca de su madre y le dio un beso en la mejilla.

— Anda, lávate las manos —le dijo Victoria.

En el baño, Simón peinó su cabello y se roció la loción que su madre le había regalado. Tenía que pararse de puntitas para alcanzar a verse en el espejo, pero, aun así, cuidaba cada detalle: manchas en la ropa, algún cabello rebelde, mal aliento. Al volver, recorrió la silla con delicadeza y tomó asiento. Su madre le acercó el plato con pequeñas porciones de cada cosa y Simón observó cómo ella sólo se servía la porción que acompañaba al pollo. Frunció el ceño, pero ella se limitó a sonreír y enseguida atravesó un par de espárragos con su tenedor. Simón sabía que aquello siempre era así, suspiró y se puso a comer.

—Hoy la clase se trató de artrópodos —dijo—. Vimos fotos de ellos y hubo una que de verdad me asustó.

—¿Cómo? ¿El gran Simón asustarse? —contestó Victoria fingiendo sorpresa—. Exijo saber de qué se trata.

Esto lo hizo sonreír.

—Fue una langosta —se detuvo a ver la reacción de su madre, que lo miraba atenta, y prosiguió—. La profesora dijo que poseen un ex, exe, oxe, bueno, algo esqueleto que es muy resistente. Nos dijo que son de color verde oscuro y que cuando las hierven se vuelven color rojo. Usan sus antenas para examinar los alrededores porque todo es muy oscuro donde viven y son más bien ciegas —soltó una risita cubriéndose la boca con las manos—. Pero luego nos puso imágenes y fue asqueroso, mamá, tienen el cuerpo lleno de bolas viscosas.

—¡Cielos! Sí que suena repugnante.

—Sí, pero lo que me asustó fue saber que... —Victoria sonrió ante la pausa que hizo su hijo— ...*tienen sangre azul*.

La sonrisa de Victoria desapareció y su mirada se clavó más allá de Simón, más allá de mí. Sé que pensó en lo mismo que yo, lo sé por la manera en que sujetó el mantel, por sus ojos envueltos en terror: el álbum. El álbum que apareció en el armario, aunque ella lo había escondido en mi sótano. *No es real*. El álbum negro donde estaban todas sus fotos: cuando tenía cinco años, caminando en el parque con su abuela, con su grupo de clase en la escuela, en el supermercado a los tres meses de embarazo... pero había una fotografía en especial, una que logró llevar al álbum hasta mi sótano a morir —no, a reposar tranquilamente esperando a que un falso olvido le permitiera volver—. La fotografía instantánea había sido tomada en la casa de sus abuelos, tres semanas antes de que su abuela... En ella, Simón, que aún era un bebé, estaba sentado en las piernas de Victoria y, detrás de ellos, en una esquina de la ventana, justo donde suele quedar el dedo de la mano al sostener una fotografía, había un rostro con ojos rojos mirando al frente, en primer plano, como si te observara directamente. Era un hombre —era él— de cuya boca asomaban unas tenazas rojas como de langosta. Era difícil distinguir si se las estaba tragando o si salían de su interior, pero se podían ver claramente. A Victoria le había parecido cómico la primera vez, pero con el pasar del tiempo el miedo la empezó a invadir, justo como en ese instante en que sus manos exprimieron el mantel. Estoy segura de que pensó en eso, en él, en su príncipe.

Sangre azul como los príncipes azules. ¿Y no son los príncipes azules, en la vida real, lo más parecido a los hombres?

—Mamá, ¿está todo bien? —Simón la tomó del brazo.

Victoria salió del pasmo y yo misma la sentí de nuevo dentro de mí.

—Sí, hijo, todo está bien.

—Es verdaderamente aterrador, ¿cierto? —preguntó Simón.

Ella únicamente sonrió.

4

Querida abuela:

Sé que no te he escrito últimamente, pero he estado ocupada yendo a mis clases de baile y de violín. Manuel insiste en que vaya y yo estoy fascinada con mis compañeros. El violín me sigue haciendo llorar y bailar me sigue haciendo reír. La verdad es que ya ambas cosas me parecen lo mismo, todo me da risa y de todo lloro. No sé si me explico, pero quiero decir que ya no siento ninguna de las dos. En fin, he hecho varias pinturas de los sueños que he tenido y cada viernes Manuel nos lleva al cine. Simón ha crecido bastante, siempre le estoy cantando la canción que escuchabas cuando te ponías a tejer, ¿sabes? Yo espero que sí. Espero que lo sepas todo porque no se me ha ocurrido escribirte en otro tipo de clave, y la verdad es que me gusta creer que tú sabes todo mejor que yo. Espero que estas oraciones te lleguen, aunque sé que no por el papel, y pronto nos veamos, abuela.

De verdad deseo estar contigo, con toda el alma.

Victoria.

5

El primer plato cayó.

—¡Con un demonio! —El pollo fue a parar a un costado del bote de basura y el puré de papa salpicó las cortinas.

El hombre se abalanzó sobre ella y le apretó la mandíbula con sus manos que parecían tenazas. La mirada de Victoria se encontró con las mejillas de su esposo —al cual llevaba incrustado en los miedos, no en el corazón— rebosantes de marcas

causadas por la viruela. Eran iguales a muelas picadas; orificios que albergan cientos de gusanos retorciéndose en aguas fétidas; cavidades con paredes gelatinosas donde podrías meter un par de dedos como en una bola de boliche.

—¡Ya te he dicho que no me gusta que te vistas así! —rugió Manuel.

Victoria soltó la espátula y se sacó el vestido, quedando únicamente en sostén y calzoncillos. Lo tomó con la punta de los dedos, como si le quemara, y fijó la mirada en mi suelo.

—Así me gusta, estúpida, ahora limpia este desorden —escupió en mi piso y se fue maldiciendo.

Ella sabía perfectamente a dónde se dirigía y el porqué. También sabía que *eso* no lo calmaría, que sólo era el albor, y que al regresar vendría por ella para terminar lo que jamás parecía tener fin. Metió rápidamente el vestido en una bolsa de basura que, enseguida, escondió en el horno. Humedeció un trapo y limpió el puré de las cortinas. Esas eran sus favoritas: cortinas de seda color salmón con detalles dorados. Sonrió al pensar que tenía las mismas cortinas que la realeza, y, por un momento, también quiso ser una princesa.

En su habitación, Simón tarareaba el habitual silbido de su madre. Daniela, la niñera, lo había escuchado recreando la melodía una mañana. *La vie en rose*, le había dicho mientras se sentaba junto a él para cantarla. Simón sonrió —o acaso fue una mueca de terror— al descubrir la letra de la canción: *des nuits d'amour à plus finir*. Ahora sabía que su madre, al igual que él —al igual que yo— deseaba que las noches *d'amour* terminaran.

El reloj marcó las 21:50 y Simón se metió a la cama. Jamás le gustó quedarse despierto después de las diez. Sabía que luego de que llegara su padre nadie iría a su habitación,

pero prefería tomar sus precauciones. Oyó la puerta del baño abrirse y a mi suelo crujir debajo de las botas de su padre que se dirigía nuevamente a la cocina.

—¡Sigues aquí! —Lo escuchó decirle a su madre— ¡Ya sabes dónde te quiero!

Simón se quedó mirando la puerta, en la oscuridad, como tratando de visualizar a su padre —camiseta blanca, pantalones flojos repletos de manchas negras—, o quizá su manera de rascarse las mejillas —como si quisiera desgarnar las semillas de granada parduzcas en ellas.

—Pensé que esta noche podríamos ver una pe-película...

—¿Qué dijiste?

Simón se cubrió con la cobija y apretó los labios. Sabía lo que vendría a continuación y odió al sueño por nunca llegar a tiempo.

Primero un golpe, luego otro y otro más.

¿No son los maridos los príncipes de las mujeres?

6

Eran las 00:59. Cuando Simón aún se encontraba navegando en el mundo de los sueños, lejos de la realidad y a salvo, una repentina necesidad de orinar lo trajo de vuelta a mi interior. Frotó sus ojos y caminó hacia el baño, ya sin recordar lo que había sucedido unas horas antes. Mientras orinaba, se concentró en observar todo: las paredes que su madre pintaba una y otra vez para tapar la mugre en ellas, la cenefa de flores verdes rasgada, y el piso cuadriculado cubierto de manchas viscosas. Ese era el lugar preferido de su padre, cada noche iba ahí y luego con —o quizá por— su madre.

Al terminar, tiró de la cadena y apagó la luz. Un golpe de realidad lo inundó al percatarse de lo que había hecho. Se detuvo en la división del baño y el pasillo, sintiendo terror por

lo que pudiera haber detrás y frente a él, acechándolo en la oscuridad.

—Enciende la luz —le dije, pero se quedó paralizado—. Anda, eres un niño grande y sé que tu madre y Daniela también lo creen.

Como si realmente me hubiera escuchado, respiró hondo y se adentró al pasillo. “Eres un niño grande, eres un niño grande”, se decía mentalmente, hasta que vio su sombra proyectada en mi suelo. Alguien había encendido la luz de la cocina.

—¿Mamá? —susurró volteándose despacio para ver.

De pronto la luz se apagó y Simón se llevó las manos a la boca. Quiso correr, pero sus pies no reaccionaron. Aquella negrura le resultó sofocante; en esa oscuridad se podía palpar una presencia, cerca, muy cerca. Era la de su madre, o la de alguien, o la de algo.

—¡Correee! —le grité.

Un chirrido lo hizo brincar con el corazón en la garganta, cayó de espaldas y lo vio. Estuvo frente a él del tamaño de un humano, de un negro tan intenso que destacaba aun en la oscuridad. Tenía ocho patas pequeñas a los lados, lideradas por dos gigantescas pinzas en la cima. Su cabecilla era como un ramillete de zarzales y en su cuerpo asomaban esporádicas erupciones llenas de pus. Su rostro era casi miniatura en comparación con el resto de su cuerpo y de él sobresalían ojos saltones con puntas incrustadas en los bordes.

Una pinza salió disparada hacia Simón, lo que provocó que una erupción en el cuerpo de la langosta reventara. La pinza se cerró alrededor de su torso. El niño gritó con todas sus fuerzas mientras intentaba zafarse, pero mi suelo se alejó de sus pies. Se elevó, se elevó hasta que quedó frente a frente con la gigantesca langosta. Lo acercó a ella dejando un solo centímetro entre sus cabezas. Le examinó el rostro, las lágrimas que le resbalaban por las mejillas.

—Por favor —imploró Simón.

Un chasquido resonó en todo mi ancho. La langosta había incrustado su mandíbula en la oreja del niño. Simón pataleó y pataleó hasta que la tenaza alrededor de su torso lo partió por la mitad.

—¿Simón?

La luz se encendió y Victoria vio al niño parado en medio del pasillo.

—¿Simón? Hijo...

—No te muevas —dijo Simón.

La mujer se detuvo llevándose una mano al pecho.

—¿Cómo dices?

—Que no te acerques.

—¿Está todo...?

—¿Por qué engañaste a mi padre? ¿Por qué te acostaste con otros hombres?

—¿Qué-qué dices?

—Lo sé todo, mamá, por eso mi padre te trata así.

—No sé de qué estás hablando, tu padre...

—Mi padre es un buen hombre y tú una cualquiera.

La luz de la lámpara comenzó a parpadear.

—Igual que la abuela, madre.

Victoria se llevó las manos a la cabeza.

—Sigues hablando con ella, ¿cierto?

Apretó los dientes.

—Lo sabemos todo, madre, encontramos tus cartas. Papá dice que eres una maldita loca y, además, una mentirosa.

Una gota de sangre cayó de la nariz de Victoria.

—¿Qué? ¿No te habías enterado? La abuela está muerta, ¡ja, ja, ja! ¿Y desde hace cuánto, madre? ¿Ya no recuerdas?

Una gota más y otra.

—Sé que lo sabes, no te hagas la estúpida. Fue tres semanas luego de nuestra fotografía, ¿no es así?

La sangre comenzó a salir de su nariz como el agua de una llave. Victoria intentaba frenarla con ambas manos.

—¡Y deseas ir con ella, madre! Pero, ¿lo deseas tanto como dices en tus cartas? Pues bien.

La luz se apagó.

La sangre de Victoria seguía cayendo a chorros en mi suelo.

—¿Si-simón?

Nada.

—Hijo...

—Entonces ve con ella, madre.

Un estallido de dolor en su pecho izquierdo la aniquiló. Era Simón que, con una tenaza, le había perforado el corazón.

¿Entonces los príncipes, los maridos, son langostas?

7

Daniela dobló la esquina y me miró al final de la calle. Siempre le había parecido distinta, aislada a pesar de las otras viviendas a mi alrededor. Sacó sus llaves y, antes de acercarlas a mi puerta, vio el espacio que había entre ésta y mi pared. Tocó un par de veces y entró. En la sala se oía un radio a volumen mínimo.

—¡Hola! —gritó, pero no hubo respuesta.

Siguió por la puerta que daba al pasillo. Todo estaba como de costumbre, pero un silencio inmaculado me llenaba.

—Hola —dijo nuevamente.

Un golpeteo, como el de un tacón, provino desde la habitación de Simón: ¡Clac! ¡Clac!

—¿Está alguien?

¡Clac! ¡Clac!

—¿Simón? —Comenzó a acercarse.

¡Clac! ¡Clac!

El sonido se hacía cada vez más fuerte.

¡Clac! ¡Clac!

Era el sonido de unas pinzas.

¡Clac! ¡Clac!

Tomó el picaporte y vaciló. La mano le temblaba.

—¿Puedo pasar?

¡Clac! ¡Clac!

Giró y...

¡Clac!

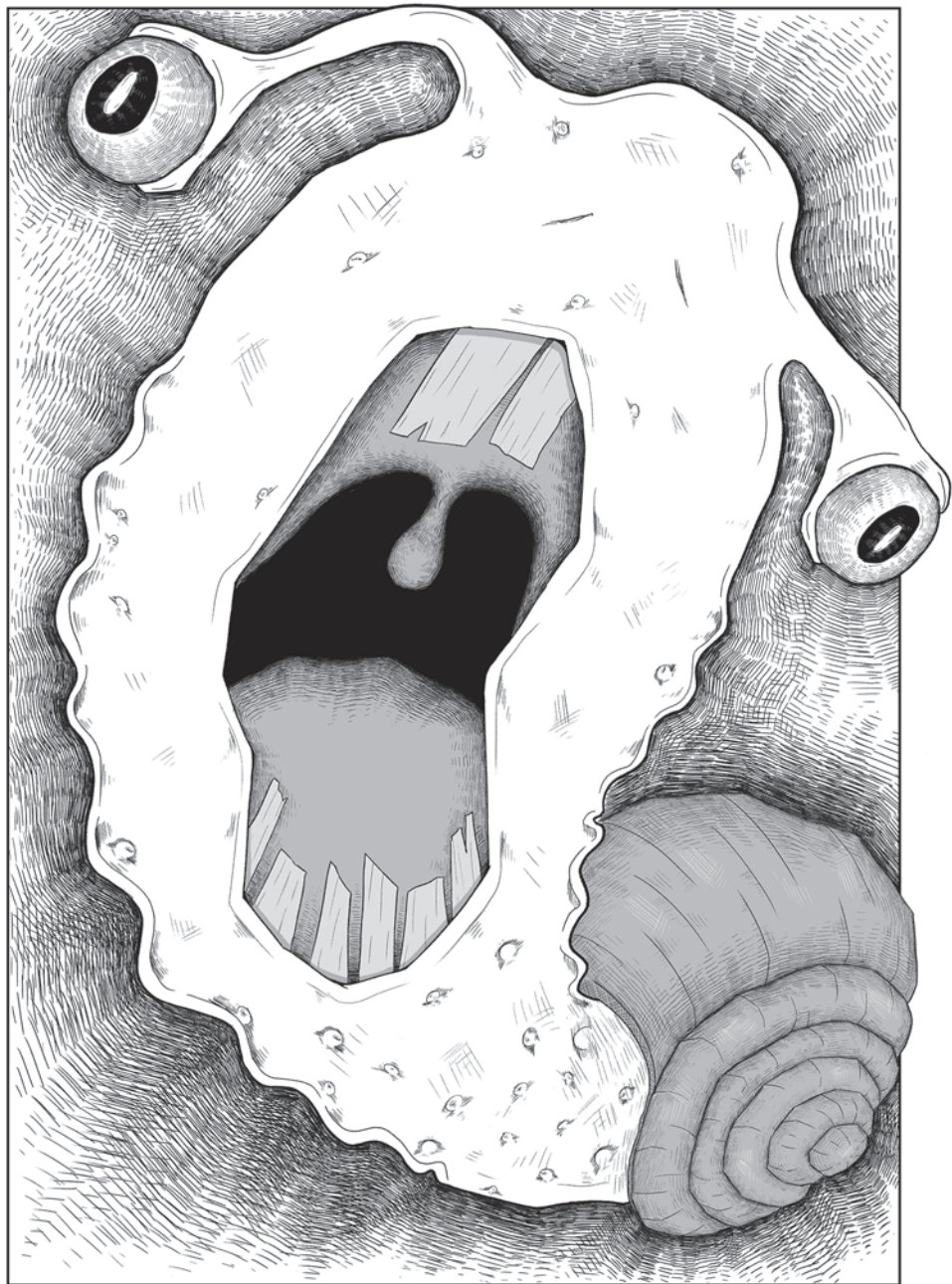
La niñera se llevó las manos a la boca justo como había hecho Simón unas horas antes. La madera de mi piso estaba llena de sangre, rasgada sin piedad. Miró la cama y vio a la madre de Simón, la habían envuelto como a un bebé, dejándole únicamente el rostro descubierto. Tenía por ojos dos coágulos negruzcos y su labio inferior había desaparecido. En la cobija, a la altura del pecho izquierdo de Victoria, había un círculo rojizo.

Daniela se cubrió la cara con las manos y agachó la cabeza para no mirar.

—No es real, no, no.

Entre lágrimas y una continua negación verbal, vio a través de sus dedos una fotografía en el suelo. Era una foto similar a la que aterró a Victoria por mucho tiempo: la del álbum. Sin embargo, en ésta Simón ya no era un bebé, sino el niño de diez años que mató a su madre y estaba sentado en las piernas de su padre, no en las de Victoria. Tampoco estaba aquel hombre en la ventana dejando sus pistas por medio de tenazas en la boca (“¿Ese de la ventana no es Manuel?”, había dicho la abuela). Esta vez el hombre-langosta (“Sí, hija, ese es Manuel”), había dejado una huella descarada en el retrato: su lengua estaba dentro de la oreja de su hijo que, con los ojos saltones, se hallaba paralizado, como si no pudiera hacer otra cosa más que escuchar a su padre. Un poco más abajo, en una esquina de la fotografía, y con caligrafía irregular, había una firma (*¿la vie en rose?*):

Tus príncipes.



¿QUÉ SE SIENTE?³

El hombre miraba el puñado de moscas que revoloteaba encima del frutero. Eran alrededor de veinte, gigantescas, de cuerpo metálico. Le parecía curioso cómo todas ignoraban el resto de las cosas puestas sobre la mesa, como si sólo éste existiera. “También está el jarrón verde”, pensó, cuando un sonido proveniente de la olla en la estufa le arrebató el pensamiento. Levantó la tapa y miró las burbujas que brotaban y morían al instante. El chocolate estaba listo.

Se apresuró hacia la mesa y del jarrón verde sacó dos caracoles vivos, las criaturas glutinosas movían sus cuerpos retenidos entre los dedos regordetes del sujeto. Volvió a la estufa y arrojó los caracoles al chocolate hirviendo. Sonrió, pues le gustaba imaginar que los caracoles, al sentir el vapor caliente envolviéndolos mientras caían directo a la lava, gritaban desde el interior de su caparazón. Un grito apenas perceptible, ahogado, como de quien intenta articular algo y descubre que se ha quedado sin voz, seguido de un atolondrado golpe de calor en sus cerebros, un terror creciente que se apodera de ellos

3 Cuento publicado por la revista *Pirocromo*, en “Recetario”. No. 20 (abril 2020).

al percibir que sus intestinos comienzan a cocerse. Esa idea le resultaba tan placentera que jamás volvía a colocar la tapa. Se quedaba ahí observando cómo flotaban los caparazones en el líquido hirviendo.

Ya en la mesa, sentado frente a una taza, un martillo y una tabla con los caracoles muertos, el hombre recreó el deleite de pescar los caparazones con el cucharón; como si él fuera Dios, pero uno que no pretende ayudar. Tomó el martillo y dio un golpe a los caparazones; la mesa saltó. *“¿Cómo privarse de la sensación de escucharlos tronar? ¿Cómo no querer sentir el ligero rebote cuando el martillo ha dado ya contra los cuerpos carnosos? Poder hacerlo es suerte”*, pensó el hombre.

La imagen de los cuerpecillos ahora perforados por su misma coraza, junto con el vapor del chocolate, le provocó cerrar los ojos. Llevó la taza a su boca y dio un largo sorbo: profundo, pausado, en completo silencio. Sintió que el líquido quemaba su garganta, chamuscando un poco su carne. Percibió el infierno bajando por su esófago, abriéndose paso hacia el fondo, y entonces imaginó a un hombrecito viviendo en su estómago, sentado en cuclillas, que de pronto miraba hacia arriba, aturdido por la llegada de aquel líquido ardiente. Sintió su impotencia al ser consumido sin escapatoria, con la piel cayéndosele de los huesos y la boca deritiéndosele en una mueca. Una escena perfecta que el tramoyista de su mente sabía manejar como una divinidad.

Lanzó un suspiro y miró a su alrededor: la alfombra llena de manchas, el fregadero escurriendo, el refrigerador entreabierto y, al otro lado de la mesa, el puñado de moscas en el frutero. En él no había ni manzanas ni plátanos, ni nada de fruta; de lo que el frutero estaba lleno, a tope, era de pequeñas manos. Manitas gordas y putrefactas que el hombre había cortado.

—Ustedes andan hasta en el infierno, ¿verdad? —preguntó el hombre a las moscas—. ¿Vendrán a buscarme cuando mi casa sea el frutero?

Y, como respondiendo, una mosca pequeña, negra, la más pequeña entre todas aquellas monstruosidades, se posó encima de los caracoles muertos. El hombre la siguió con la mirada.

—Las moscas no distinguen al muerto, ¿o sí? —les dijo.

Un sonido de sirenas penetró por toda la calle, era estridente. Se metió por sus tímpanos y amenazó con tronarlos. Sin embargo, el hombre siguió mirando las moscas.

—Mientras ya no sirva, hasta la mierda se les antoja.

Un golpe sordo abrió la puerta.

—¡Arriba las manos! —gritó el policía.

El hombre sonrió al ver que el enjambre no se movió del frutero ni con el ruido.

—¡Que levantes las manos, te dije! —repitió el policía.

El hombre se puso de pie y, con una sonrisa en el rostro, preguntó:

—¿Las manos del frutero?

COMBUSTIÓN INTERNA

Primera edición 2024
(versión electrónica)

El cuidado y diseño de la edición estuvieron a cargo
del Departamento Editorial de la Dirección General de Difusión
y Vinculación de la Universidad Autónoma de Aguascalientes.